

Lección magistral: El factor humano, la ciencia abierta y la revolución del conocimiento

V0.7

Buenas tardes. Es un privilegio compartir esta graduación con todos

15' de egoísmo

Estimados rectores, miembros de la mesa, autoridades, invitados y, sobre todo, egresados. Vuestro es este momento. Aprovechad los 15' de gloria que uno debe reservarse siempre para saborear lo conseguido. 15' de felicidad y regocijo por lo alcanzado. De compartirlo con la familia y los amigos, de ondearlo con los no tan amigos, y de saborearlo en silencio, con uno mismo. Después vendrá la actualización del currículum, poner en valor las competencias adquiridas en el trabajo, o utilizar todo lo aprendido para iniciar una nueva etapa retadora. Pero este momento es único e intransferible. Sed egoístas para disfrutarlo y compartirlo.

El futuro es ahora

El futuro cohabita con nosotros desde hace años. Esas visiones tremendistas y apocalípticas repetidas en culturas diversas, desde la Maya a la Pre-Colombina, pasando por Zaratustra, Nostradamus, Confucio o Rapa Nui, son una realidad desde hace 20 años. Y el futuro es tecnológico e interconectado. La tecnología e Internet consiguen sacar lo mejor y lo peor del ser humano. Permiten monitorizar, evaluar y controlar la vida de personas, como por ejemplo en el metro de Shangai, China, que realiza reconocimiento facial de los usuarios para valorarlos en civismo con un carné de puntos. Este es el germen de una fase más amplia, que apunta a los colegios y a la calle. Una pesadilla orwelliana que ya fue descrita antes del poder de la electrónica, nada menos que en la obra 1984, publicada hace casi 70 años, cuando su

futuro es ya nuestro pasado. Desde la película Terminator, del realizador James Cameron, a los relatos de Isaac Asimov, las historias de Jules Verne, las novelas de Terry Pratchett, la Música de las esferas de Pitágoras o los comics de superhéroes de Stan Lee, muchos y variados autores de géneros y artes diversos, han descrito el futuro y, casi siempre, de una forma fatalista.

Como veréis, estoy haciendo un esfuerzo por citar todas las referencias adecuadamente, no sea que un tutor vaya a pasar Turnitín a este discurso y encuentre indicio de plagio.

La tecnología permite realizar cosas impensables para un ser humano, aunque con su aportación indiscutible, para bien y para mal. En un mundo marcado por el código binario, donde únicamente existe blanco o negro, izquierda o derecha, correcto o incorrecto, y donde sistemáticamente se nos empuja a un posicionamiento polarizado sin escala de grises, la automatización tecnológica conjuga esa *binarización* como nadie, al ser el binario su lenguaje nativo. Los indicadores de seguimiento, las competencias profesionales y los retos individuales que una máquina, un robot, puede tener, o se alcanzan o no. La lógica difusa definida por Łukasiewicz y Tarski en 1920, hace ya un siglo, que permite un margen de error para interpretar correctamente un objetivo específico, por ejemplo en la visión artificial, parece no tener cabida en el pensamiento de nuestra sociedad. Es fácil entender que si una persona ve razonablemente bien, pero necesita gafas para enfocar, no es invidente. Entre no tener graduación en la vista a no ver nada, existe un margen de matices. Sin embargo, ese crisol parece cada vez más complicado de mantener en el día a día. Cada vez se empuja más a una radicalización del pensamiento y de la acción derivada, pudiendo estar o no estar, pero como si fuera imposible progresar entre medias, definirse en el proceso, evolucionar hasta alcanzar un estado que puede no ser 0 o 1, encendido o apagado como el interruptor de una lámpara, sino algún lugar intermedio, perfectamente válido y necesariamente personalizable. En este contexto, resulta importante el gradiente de colores entre los dos extremos. Un criterio que permita analizar, posicionarse, actuar conforme a las

convicciones propias, las posibilidades del contexto y las necesidades, y evaluar lo conseguido.

Educación abierta, ciencia abierta

Estudiar y aprender aportan muchas cosas pero, sobre todo, deben aportar ese criterio y una apertura del horizonte intelectual. Estudiar debe significar aprender, y aprender debe significar evolucionar. Justo lo contrario a encorsetar, cerrar, dogmatizar, categorizar o encerrar las ideas y sus acciones.

La Ciencia y la Educación deben ser abiertas por definición. La Educación Abierta, los Recursos Educativos Abiertos, la Ciencia Abierta, posibilitan un grado de intercambio de contenido e ideas sin precedente. Que una persona pueda estudiar de manera casi infinita a través de Internet, accediendo a recursos libremente aportados por autores varios en formatos diversos, y con los debidos permisos de uso y explotación bien definidos y bien respetados, supone un hito en la revolución del conocimiento. Cualquiera puede producir y compartir; cualquiera puede leer y reutilizar; cualquiera puede comentar, discutir y generar una red de personas, contenidos, capas de información y sinapsis entre elementos educativos, difícilmente abarcable en un tiempo limitado. Todos nosotros tenemos el don y la responsabilidad de ser autores y lectores, críticos y contribuidores, realizadores y espectadores. Todos podemos aprender en abierto, enseñar en abierto, investigar en abierto. La Ciencia Abierta es un movimiento lógico fruto del altruismo humano que encuentra un medio asequible para ser solidario y progresar.

Respeto por los límites

Por supuesto que se necesitan ciertos acuerdos, contratos entre partes y parámetros para que unos pocos no se aprovechen de la fraternidad de otros; se necesitan restricciones al abuso de los poderes fácticos, al acoso personal o institucional, a la intoxicación electrónica, a la omnipresencia de las redes sociales, a la brecha digital, a la diversidad funcional que debe evitar los

parias digitales en esta sociedad frenética. Tanta intrusión digital está marcando el carácter no ya de una generación sino de una civilización entera.

Internet y la tecnología suponen un gran riesgo, así como una gran oportunidad. Y únicamente la persona, concebida con sus grandezas y sus miserias, con sus esperanzas y sus arrepentimientos, con sus ideas y sus flaquezas, es capaz de aportar sensatez al gran oráculo que nos persigue diariamente.

Internet y la tecnología aportan también matices y posibilidades, capas de entendimiento de una realidad según comportamientos personales, grupales y sociales, según unos datos que adquieren diversos significados de la manera en que se agrupan, se lean, se compartan y se interpreten.

Otras vidas, otras capas

Sin duda, existen otras formas de interpretar la vida. Lo vi en mi padre hasta que falleció hace ahora una semana, cada vez que le miraba en su silla de ruedas, fruto de una enfermedad cruel e histriónica que le fue mermando capacidades sin guion preestablecido. Recuerdo cómo trabajó 50 años como contable en 3 y 4 trabajos en paralelo, para mantener el hogar y pagarme la primera carrera universitaria de la familia. Todavía se expresaba, se emocionaba, *empatizaba* con su mujer y con sus hijos, de una manera imposible de prever hace menos de 3 años. Nadie diría que existe una prueba de la existencia de otros mundos, de otro tipo de vida, pero yo los encontraba cada vez que miraba a mi padre a los ojos.

La realidad cotidiana es un cúmulo de esos ojos, de esas capas, de inteligencias, de velos, que nos dejan ver, colorear y saborear según la circunstancia, el momento, el evento o el espíritu de cada uno. Aquí podríamos citar la circunstancia de Ortega y Gasset, las inteligencias múltiples de Gartner, las capas de trascendencia de Lao-Tsé, los pies descalzos de Galeano, las iluminaciones de Ibn Arabi, de culturas tan dispares en la apariencia y tan cercanas en el núcleo como Europa, Norte-América, Latino-América, China y Oriente Medio.

Pero también existen otras formas de interpretar esa vida en cada uno de nosotros, en cada etapa que descubrimos, forjamos o dejamos pasar. Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras, decía Mahatma Gandhi. También somos dueños de nuestras acciones y de nuestras inacciones. Todo nos define. Más allá de los procesos programados, de las clasificaciones automáticas, de las multi-aplicaciones en el dispositivo móvil omnipresentes e indiscretas con la intimidad, existe el criterio personal, la cualidad inalienable que nos diferencia de los seres inertes, pasivos y complacientes, incluso dentro de nuestra misma especie. Ese factor humano que permite aplicar toda la razón, la pasión, la espiritualidad, la empatía y tantas buenas virtudes cardinales a las situaciones cotidianas y a los eventos más inesperados.

Algo gusta por muchos motivos, pero realmente se convierte en una pasión a pesar de los inconvenientes. Gusta "porque", pero enamora "a pesar de". Esta cita no es de ningún autor sesudo, sino de una película romántica tontorróna, que de todo se debe nutrir el intelecto. Por cierto, que visualicé desde la plataforma de vídeo online Netflix, gracias a Internet y a un móvil.

El factor humano es algo que gusta y que enamora. Es lo que nos permite cribar la automatización de las máquinas del toque personal de cada uno; lo que permite aportar sensibilidad y cercanía a los procesos activos pero inanimados, sin alma, que una aplicación software, que un sistema experto o que una analítica de datos fríos pueden ejecutar. Nosotros, en grupo e individualmente, nacemos con ese don. Somos personas, almas, intelectos, pasión, garra, fuerza, compasión, empatía, productividad y mil grises entre medias. Para bien y para no tan bien. En nuestras manos está saber utilizar nuestro don único en un objetivo digno y dignificante, en aportar esa esencia humana al progreso inevitable de un mundo digital, un mundo cognitivo y predictivo que, dentro de nada, nos dirá lo que necesitamos o deseamos en cada momento, antes incluso de que podamos llegar a sentirlo.

El ser humano es el que aporta su factor a la fórmula tecnológica, a esa revolución del conocimiento, para aplicar su criterio irrepetible, intransferible,

inalienable hacia un resultado sensato, hacia una relación sostenible, con la sociedad y con uno mismo. Sin ese factor de cada persona, el automatismo tecnológico nos convierte seguramente en seres más productivos, pero quizá en algo menos personales y, esencialmente, algo menos únicos.

Y aquí es donde entráis como egresados.

El egresado como factor humano en la revolución del conocimiento

Vosotros sois la clave de este país y de su revolución del conocimiento. Después de tantos años de sufrimientos a todos los niveles, de paces y repaces, de acuerdos y desacuerdos, el futuro es hoy, el futuro sois vosotros. Ahora, desde ahora mismo. Justo después de esos 15' de egoísmo puro para saborear lo conseguido, que mencionaba al principio. La acción no puede esperar. No existe paz para los malvados, como cantaba Ozzy Osbourne, así que no puede existir descanso para combatirlos.

Decía Reinhold Niebuhr, de quien se toma la letanía que se recita en las reuniones de alcohólicos anónimos: "Señor, concédeme valor para luchar por lo que puedo cambiar, serenidad para lo que no y sabiduría para distinguirlo". Vosotros habéis conseguido graduaros porque habéis mostrado la sabiduría para distinguir lo que se podía ganar y lo que no, habéis desarrollado valor para pelearlo y lo habéis perseguido hasta el final. La misma actitud debe aplicarse a cada instante de la vida, el mismo factor humano que cualifica con matices los pensamientos, las relaciones y, sobre todo, las acciones.

El egresado como agente de mejora

Acciones que mejorarán el país y la sociedad. Colombia es espectacular. Lleno de recursos, riqueza material y, sobre todo, riqueza humana. Lleno de oportunidades de evolución, de progreso, de mejora gracias a un pueblo generoso y ambicioso, a la par.

Sólo encuentro en mis estudiantes colombianos orgullo por conseguir un buen rendimiento, pasión por colaborar y comunicar y un respeto enorme por sus

compañeros y por el claustro. UNIR es vuestra y definís en gran medida las mejores cualidades de nuestra querida universidad. Gracias por hacer mejor a toda la comunidad educativa. Gracias por hacer que UNIR sea mejor. Gracias por hacerme mejor. Felicitaciones en mi nombre y en nombre de toda la universidad.

Daniel Burgos
Logroño, La Rioja, España